

EL CONFLICTO COLOMBO – PERUANO

Apuntes acerca de su desarrollo e importancia histórica *

Adolfo León Atehortúa Cruz**

RESUMEN

Los siguientes renglones ofrecen una síntesis acerca de los hechos que caracterizaron el conflicto colombo – peruano, suscitado entre 1932 y 1933 tras la ocupación de Leticia, puerto colombiano sobre el río Amazonas. El artículo describe los acontecimientos iniciales, la respuesta de Colombia, la manera como se preparó para el combate, y el desarrollo de la guerra que terminó en rápida negociación. Se concluye con una breve exposición sobre el papel que jugó el conflicto en la construcción e historia del Ejército Nacional de Colombia.

Palabras clave: Conflicto Colombo-peruano, Olaya, Leticia, Ejército Nacional.

ABSTRACT

The following lines offer a synthesis about the facts that characterized the Colombo – Peruvian conflict (1932 and 1933) after Leticia's occupation, an important colombian port on the Amazons. The article describes the initial events, the answer of Colombia, the way like she got ready for the combat, and the development of the war that finished in quick negotiation. It is presented, equally, the real dimension of conflict, and the paper it played in the colombian history.

Key Words: Colombo-Peruvian conflict, Olaya, Leticia, Nacional army.

1. LA TOMA DE LETICIA

* Artículo tipo 2: de Reflexión. Según clasificación de Colciencias. pertenece a la investigación doctoral del autor, titulada “Modernización y profesionalización del ejército en Colombia, 1907-1958”

** Profesor Titular Departamento de Ciencias Sociales Universidad Pedagógica Nacional
adolate@pedagogica.edu.co

El 1 de septiembre de 1932, cerca de cincuenta hombres armados se tomaron la población de Leticia, detuvieron a la única autoridad colombiana presente y a todos los nacionales que manifestaron su disgusto ante la ocupación; arriaron el tricolor nacional, e izaron la bandera bicolor peruana. Según se supo después, el grupo era comandado por el ingeniero Oscar Ordóñez, hijo del coronel y exjefe militar de Loreto con su mismo nombre, e íntimo amigo del médico Enrique Vigil, propietario de la hacienda “La Victoria”, el predio más importante de Leticia. El segundo al mando era el alférez Juan La Rosa, comandante de la guarnición peruana de Chimbote, acompañando por soldados y civiles loretanos.

El presidente colombiano de entonces, Enrique Olaya Herrera, conoció la noticia al día siguiente pero dio crédito a la astuta explicación que el primer mandatario peruano, Miguel Sánchez Cerro, ofreció al embajador colombiano en Lima: el asalto se había realizado por civiles comunistas, sin su consentimiento, y esperaba que el asunto fuera resuelto sin gravedad alguna: “el gobierno colombiano puede contar con mi apoyo para someterlos”.

Sin embargo, Olaya Herrera tenía razones suficientes para pensar que detrás de la operación contra Leticia se escondían propósitos mayores. Tiempo atrás, las protestas de la población de Loreto contra el Tratado Lozano – Salomón se hicieron sentir frente a su firma y se expresaron en una fuerte oposición al presidente Leguía. Desde 1931, la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores comunicó al Ministro de Guerra colombiano que en Iquitos y en Lima se estaba elaborando una “plan oficial de conquista” sobre el Amazonas. El propio Ministro, Carlos Arango Vélez, decidió retirar la guarnición de Leticia, compuesta por 35 hombres y trasladarla a El Encanto, para evitar un desastre (Arango Vélez, 1933, pp. 28 y 185)¹. El Teniente Virgilio Barco, quien se ofreció para restaurar la presencia militar en Leticia, fue desalentado por el canciller Roberto Urdaneta Arbeláez con el argumento de que si algo sucedía con Leticia ello podría arreglarse con tres notas diplomáticas (Díaz, 1933, p. 15). Al final, no sólo Leticia fue ocupada. La localidad de Tarapacá, ubicada en la margen del río Putumayo en el extremo superior derecho del trapecio, fue invadida también por tropas peruanas. Pero, aún así, Olaya pretendió callar los sucesos para el país entero y

¹ La Base de El Encanto tomó una antigua finca de la Casa Arana, situada a 800 kilómetros de Leticia sobre el río Carapará.

pidió la intervención de Estados Unidos como “única fuerza moral de América capaz de mantener la paz en este caso”².

Las noticias se filtraron. El Senado citó a sesión secreta y Olaya expidió una declaración pública. Según “El Tiempo” (septiembre 3 de 1932), “trescientos comunistas peruanos” se habían “adueñado de Leticia”. Según el presidente, “el movimiento subversivo de Leticia” no tenía “carácter internacional” y las relaciones entre los dos países eran “completamente cordiales”.

Aunque el 4 de septiembre los destacamentos militares de Loreto manifestaron su apoyo abierto a la “recuperación de Leticia”, el presidente colombiano no modificó su ánimo. Minimizó los hechos e intentó darles tratamiento interno: lo sucedido no era más que “pura piratería”³. Si Sánchez Cerro los desconocía, Colombia tenía pleno derecho para desarticular un motín en la frontera. La respuesta se reducía a obtener la condena oficial peruana, movilizar dos cañoneras atracadas en el Putumayo, o comprar dos hidroaviones para transportar tropa a Leticia.

Sin embargo, la excusa peruana no llegó nunca. El canciller se disculpó alegando que la situación interna en su país era difícil y que una condena contra los asaltantes de Leticia podía generar una revolución en Loreto. Reiteró su amistad con Colombia y pidió paciencia. Entre tanto, Estados Unidos conoció la realidad de los hechos. En un principio, su embajador en Perú, Morris Dearing, advirtió al Secretario de Estado que todo era “confuso, contradictorio y absurdo”. Poco después aseguró que Sánchez Cerro aprobaba el acto y se preparaba para la guerra⁴. Era un dictador “inepto” pero capaz de “provocar una guerra inútil e injustificable” para “mantenerse en el poder”. No se daba cuenta de semejante “locura” y no había nadie en su gabinete que lo hiciera “entrar en razón”⁵.

Olaya lo constató días después cuando, a través del embajador en Perú, preguntó al gobierno si las guarniciones militares apostadas en el Putumayo permitirían el paso de las cañoneras que habrían de sofocar el asalto a Leticia. Perú respondió oficialmente que Colombia debía “prescindir de toda medida de fuerza” si quería

² Oficios del representante norteamericano, Jefferson Caffery, a la Secretaría de Estado. Septiembre 2 de 1932. Archivo Nacional de Estados Unidos. 721.23/7, RG. 59.

³ Fue esta la expresión tranquilizadora que Olaya transmitió al embajador americano. Archivo Nacional de Estados Unidos. 721.23/121, RG 59.

⁴ Oficios del embajador Dearing al Secretario de Estado, septiembre 5 a 9 de 1932. Archivo Nacional de Estados Unidos. 721.23/71/74, 7212322 y 28, y 721231/31, RG. 59.

⁵ Dearing al Secretario de Estado, septiembre 12 de 1932. Archivo Nacional de Estados Unidos. 721.23/124.

un arreglo pacífico del conflicto” y que la ocupación de Leticia era una “espontánea manifestación de incontenibles aspiraciones nacionales”.

El presidente no tuvo alternativa diferente a presentar los hechos con toda su crudeza ante el Congreso de la República. El Ministro de Relaciones Exteriores, Roberto Urdaneta Arbeláez, un eminente conservador de rancio abolengo, leyó la nota en sesión plenaria del 17 de septiembre de 1932. Para entonces, la oposición arreciaba en contra de la “Concentración Nacional” y una violencia sórdida empezaba a aparecer en apartados rincones del país en donde la disputa burocrática entre liberales y conservadores no alcanzaba pacíficas alternativas. Con la realidad sobre los hechos de Leticia la situación cambió. El Congreso aprobó por unanimidad un empréstito por diez millones de dólares para la adquisición de equipos bélicos, y el jefe de la oposición, Laureano Gómez, declaró “paz, paz en el interior y guerra, guerra en la frontera”.

2. LA RESPUESTA DE COLOMBIA

La ira contra la ofensa peruana ardió en muchos rincones de Colombia. Millares de hombres se acercaron a las instalaciones militares para ofrecer sus servicios al Ejército (El Tiempo, octubre 5 de 1932) y las mujeres donaron sus joyas para financiar la guerra. Una cuota militar impuesta por el Ministerio de Hacienda sobre salarios, rentas y propiedades, fue asumida “sin miramientos de ninguna clase”⁶. El lanzamiento al mercado del empréstito fue sobrepasado en suscripciones. Colombia estaba dispuesta a “derramar la última gota de sangre”, “a gastar el último centavo” y a “endeudar hasta su quinta generación” para “defender la integridad nacional”⁷. Sólo el recién creado Partido Comunista se opuso a la guerra copiando las consignas de Lenin y los bolcheviques en 1917: que obreros y soldados en ambos países voltearan sus armas contra las oligarquías. Pero ocurrió al contrario: manifestantes iracundos atacaron su sede a piedra y

⁶ La decisión de los colombianos causó admiración a la Legación Diplomática de Chile en Bogotá y así lo manifestó a su Ministro de Relaciones Exteriores en marzo 17 de 1933. **Archivo Nacional de la Administración Central (ANAC)**. Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores. Santiago de Chile, Volumen 3330.

⁷Septiembre 19 de 1932.

destruyeron los linotipos del periódico “Tierra”, órgano oficial del Partido Comunista⁸.

Sin embargo, Olaya no se decidía. La posición beligerante del Perú y una sequía que agotó las aguas del Putumayo dificultando la navegación, obligaron a aplazar la acción de las cañoneras “Cartagena” y “Santa Marta”, que se hallaban en el río. Mientras Perú negociaba armamento y municiones con Japón, Olaya insistía en la intervención diplomática norteamericana. No esperaba menos. Aún antes de su posesión consideraba que, si Colombia trataba cuidadosamente los intereses de Estados Unidos en el país, obtendría la ayuda necesaria para superar la crisis económica del final de los años veinte⁹.

Temeroso del derramamiento de sangre y de invertir fuertes sumas de dinero en armas, Olaya recordó al ministro americano en Bogotá la favorable legislación petrolera que había obtenido para el funcionamiento de las compañías norteamericanas en Colombia y el tratamiento brindado a la United Fruit Company, como gestos de buena voluntad de su gobierno frente a Estados Unidos que merecían ser compensados¹⁰. Recordó igualmente que consultó el nombramiento del ministro de industrias a la United Fruit Company¹¹ y que cubría la deuda externa con especial cumplimiento. Su posición parecía encontrar eco: el embajador norteamericano visitaba todos los días al presidente colombiano y recibía la información, los cables y los documentos que de inmediato remitía a Washington. No obstante, la posición del Departamento de Estado fue confusa para los intereses colombianos: aunque favorecía la paz, abría la posibilidad de renegociar el Tratado Lozano-Salomón con los peruanos, hecho inaceptable para Colombia.

⁸Septiembre 18 de 1932. El Partido Comunista Peruano hizo lo propio con un manifiesto titulado “Los obreros peruanos ante la guerra”. En su criterio, la toma de Leticia era “una maniobra del imperialismo inglés” para “defender sus posiciones, contraatacar al imperialismo yanqui, e impedir que el Perú tome parte en la guerra boliviano-paraguaya al lado de Bolivia, como lo quiere el imperialismo yanqui”: “El golpe de Leticia ha sido ejecutado por los apristas, actuales agentes del imperialismo británico”, quienes pretenden “volver a la constitucionalidad” posando de “patriotas”. Finalmente llamaba a “transformar la guerra imperialista en guerra civil, en revolución obrera y campesina”. **Archivo General de la Nación (AGN)**, Policía Nacional, 1931-1933. Caja 43, Carpeta 36, folio 77.

⁹ Jefferson Caffery, ministro ante Colombia, al Secretario de Estado, marzo 11 de 1931. Archivo Nacional de Estados Unidos. DS 821.00/781.

¹⁰ Ministro Jefferson Caffery al Secretario de Estado, noviembre 7, 19, 25 y 29 de 1932. Archivo Nacional de Estados Unidos. 721.23/494/496/540/551. RG. 59.

¹¹ Jefferson Caffery, ministro ante Colombia, al Secretario de Estado, agosto 4 de 1930. Archivo Nacional de Estados Unidos. DS 821.6156/81.

La posición de Colombia tampoco permitió progresos al Comité de Conciliación de Washington. Colombia negaba cualquier carácter internacional a un asunto que consideraba exclusivamente interno. Sin embargo, la búsqueda de la paz continuó por otros medios y se aceptó la mediación de Brasil para alcanzar un arreglo pacífico. El gobierno colombiano estuvo a punto de sacrificar sus puntos de vista al aceptar la propuesta brasileña de reconsiderar el Tratado Lozano-Salomón y reabrir el pleito de límites a cambio de una entrega de Leticia (El Tiempo, enero 7 de 1933). En el fondo, no sólo deambulaba el fantasma de “La Pedrera”, una humillante derrota colombiana a manos de un destacamento militar peruano en 1911, sino que existía también un temor que Alfonso López Pumarejo manifestó de manera confidencial al Departamento de Estado y que quedó consignado como frase suelta en la memoria correspondiente: el gobierno no quería la guerra porque su partido “había luchado contra la camarilla militar y había quebrado la casta uniformada”¹².

Olaya desconfiaba del Ejército por los deplorables informes que acerca de su situación real había recibido desde su elección, por su alta composición conservadora y por su escasa preparación militar. No quería, de ninguna manera, repetir la historia de “La Pedrera” con improvisados contingentes que fueran fácilmente derrotados por los peruanos. Sin embargo, sus dilemas se resolvieron por la vía menos esperada. El General Alfredo Vásquez Cobo, ministro de Colombia en Francia, sugirió la compra de buques de guerra para sobreponerse a la marina peruana en el Amazonas. La expedición naval penetraría río arriba por territorio brasileño y retomaría Leticia. El plan fue apoyado por Eduardo Santos, entonces residente en París, y presentado al presidente, quien lo aceptó subrayando la importancia del apoyo aéreo. Vásquez Cobo asumió en persona la compra de los buques y se ofreció a llevarlos personalmente hasta el Amazonas (Donadío, 2002, pp. 203 y ss.).

En ese momento, las aristas políticas del conflicto surgieron con claridad para el análisis: los actores más importantes no eran inocentes patriotas obligados a la guerra. Por el lado peruano, el dictador Sánchez Cerro pretendía desviar la atención existente sobre la terrible persecución que adelantaba en contra del APRA, partido vencedor en las elecciones de 1931, cuyo dirigente Raúl Haya de la Torre fue encarcelado tras un intento de rebelión en la ciudad de Trujillo, aplastado con miles de víctimas. Al promover la “defensa nacional” y el “patriotismo”,

¹² Memoria de la conversación entre Francis White y Alfonso López. Diciembre 21 y 22 de 1932. Archivo Nacional de Estados Unidos. 721.23/637 y 721.23/640, RG. 59.

buscaba consolidarse en el poder y unir al país en torno suyo. Julio César Arana y Enrique Vigil estaban detrás del descontento en la provincia de Loreto para comprometer al gobierno y a los militares en la defensa de sus propios intereses en el trapezio amazónico. Vigil, según se dijo, anunció el conflicto si Colombia no compraba su hacienda. (Donadío, 2002, pp. 109 y ss.).

Por el lado colombiano, Olaya fue el primer triunfador: la oposición en contra de su gobierno cesó y recibió el apoyo incondicional de la población. El ministro Carlos Uribe Gaviria y su hermano Julián, a la sazón gobernador de Antioquia, se convirtieron en líderes nacionales rescatando la memoria de su padre Rafael Uribe Uribe, uno de los primeros colombianos en advertir la amenaza peruana sobre la frontera. Ahora, Alfredo Vásquez Cobo pretendía volver a las armas, convertirse en héroe de Leticia y ocupar la presidencia de la república en 1934.

Olaya debió examinar las ventajas y desventajas de aceptar a Vásquez Cobo como comandante de las operaciones en Leticia. Por una parte, si obtenía la victoria militar, la competencia por la silla presidencial sería titánica: el prestigio del general se enfrentaría al liberalismo en las siguientes elecciones. La perspectiva, sin embargo, podría mejorarse nombrando como segundo comandante a Julián Uribe Gaviria, elegido primer designado a la presidencia por el Congreso y formado en la Escuela Militar de Chile como su hermano, el ministro de guerra. Pero, por la otra, la jefatura de Vásquez Cobo mantenía unido al país frente al conflicto; un hecho de suma importancia para el gobierno: si los enfrentamientos no culminaban con éxito, la responsabilidad era compartida. Por eso nombró al poeta Guillermo Valencia presidente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores y aceptó también la presencia de Carlos Cortés Vargas en el Estado Mayor de las operaciones. El general de las bananeras, aquel contra el cual se levantaron los estudiantes en junio de 1929 para rechazar su nombramiento como director de la Policía, se encontraba en Nueva York y ofreció sus servicios al país. El gobierno de "Concentración Nacional" los aceptó gustoso aunque no aprobó su reintegro a filas.

No obstante, debió pesar otro aspecto. Vásquez Cobo resolvía el problema con los militares. La jefatura sobre el terreno quedaba en manos de un general retirado; en concreto, un político civil. De esa manera se evitaba la confrontación entre los altos mandos para elegir al comandante y se minimizaba el riesgo de otorgar prestigio inmediato a un militar en ejercicio. El papel que en un momento dado pudo pensarse para el general chileno pero que este no aceptaba porque

comprometía a su país en el conflicto, sería asumido por Vásquez Cobo sin reparo alguno y con las enormes ventajas que ello significaba frente a la opinión pública. El temor que Alfonso López manifestara en Washington con respecto a los uniformados, quedaba soslayado. La única condición la puso Olaya: el nombramiento de Vásquez Cobo debía permanecer en secreto. Era una medida para no suscitar, en forma temprana, cualquier oposición en el Ejército.

Los preparativos para la guerra se agilizaron. Vásquez Cobo adquirió un buque de pasajeros que los alemanes habían utilizado en la primera guerra como minador. Los astilleros lo refaccionaron, le devolvieron su carácter militar y colocaron en su estructura cañones y ametralladoras modernas. Le acompañó una lujosa nave inglesa que fue acondicionada como crucero de combate. El primero fue rebautizado "Córdova" y el último, "Mosquera"¹³. La compra de un crucero en España, bautizado "El Dato", se malogró por la intervención peruana ante el gobierno ibérico, como sucedió también con dos cazatorpederos italianos. A ello se sumó el intento de adquirir, a través de Saturnino Restrepo, cónsul en Gran Bretaña, dos destructores y lanchas torpederas fabricados por la Thornicroft para la defensa de los puertos en caso de ataque naval peruano, además de dos destructores a la Casa Vickersarmstrong Ltda., un buque tanque para la conducción de combustible y diez baterías Skoda, con la condición de formar jóvenes colombianos para su acertado empleo¹⁴.

Para asegurar el componente aéreo, la Escuela de Madrid inició su traslado a "El Guabito", en Cali, bajo el nombre de "Escuela Militar de Aviación Ernesto Samper" (hoy Marco Fidel Suárez), con un equipo en donde sobresalían 16 aviones: tres Fledgling J-2 de entrenamiento, ocho Wild X de observación y ataque, cuatro Osprey C-14 de entrenamiento y un Falcon 0-1 de combate. No obstante, la fortaleza aérea se encontró en la Scadta, cuyo personal civil se desplazó al teatro del sur a la cabeza de dos Junkers F-13, dos W-34, dos Ju-52, dos Dornier Wal Do-J y un Merkur Do-K, algunos de los cuales fueron acondicionados para acciones de caza y bombardeo aéreo.

¹³ Sobre la febril actividad de Vásquez Cobo escribió Santos a Olaya: "Aquí se ha hecho todo lo posible dentro de un criterio de modestia y economía. El General Vásquez ha tenido la bondad de contarme todo lo que hace y me parece que lo ha hecho bien, obteniendo un maximum de resultados con poco dinero y utilizando con habilidad apoyos y colaboraciones tan eficaces, constantes y entusiastas. Es admirable el entusiasmo con que trabaja." **AGN**, Caja 59, Carpeta 36, folio 72.

¹⁴ **AGN**, Caja 42, Carpeta 29, Rollo 21, fl. 35.

Un total de 48 aviadores alemanes, en su mayoría veteranos de la primera guerra con 10 años de permanencia en Colombia al servicio de la Scadta, sirvieron al mando del Coronel Herbert Boy, su jefe de pilotos. Colombia adelantó negociaciones con la Curtiss y la Consolidated de Estados Unidos para adquirir aviones Falcon F-8, Hawk II F-11 y Commodore P2Y-1, así como con la Junker alemana para comprar sus naves K-43 y JU-52. Se crearon bases aéreas auxiliares en Flandes, Cauca, Igaraparaná, La Tagua, y otra muy cerca de Curiplaya que recibió el nombre de Puerto Boy.

3. PREPARADOS PARA EL COMBATE

Antes del conflicto con el Perú, por las dificultades económicas y financieras del país, pero también por los recelos de los liberales frente a la institución militar y por la prevención que frente a ellos existía dada su conducta a lo largo de la hegemonía conservadora, las Fuerzas Armadas no tuvieron un presupuesto acorde con sus necesidades. Durante sus dos primeros años, Olaya redujo considerablemente el presupuesto para las Fuerzas Armadas: de \$ 7.227.000 en 1929, los gastos públicos ocasionados en el Ministerio de Guerra pasaron a \$4.175.000 en 1930, \$3.945.000 en 1931 y \$3.715.000 en 1932, para un ejército de menos de 6.000 hombres en un país de 9 millones de habitantes.

Mientras en 1929 la distribución porcentual de los gastos públicos nacionales favoreció al Ministerio de Guerra con un 8.8 % (cifra superior a la alcanzada por las carteras de Industria y Trabajo, Relaciones Exteriores, Educación, Correos y Telégrafos), en 1930 bajó al 6.8 %, colocándose por debajo de Comunicaciones y Educación. El porcentaje de 1929 no fue igualado tampoco en 1931 (7.6 %), ni en 1932 (8.1%).

Ahora, con la perspectiva de la guerra, la tecnificación del aparato militar fue exigida por la coyuntura. Al lado de las cañoneras ubicadas en el alto Putumayo ("Cartagena" y "Santa Marta"), el gobierno ordenó la reparación de las cañoneras "Barranquilla" y "Mosquera", localizadas en el río Magdalena. Vásquez Cobo, como arriba se afirmó, contactó a la Société des Chartiers et Ateliers de Saint Nazaire y adquirió con ellos las naves que, refaccionadas, se bautizaron "Mosquera" y "Córdova". El gobierno contrató también la construcción de los destructores "Caldas" y "Antioquia" en Portugal con firmas inglesas. Los

cañoneros de mar "Pichincha", "Carabobo" y "Junín", fueron traspasados del Ministerio de Hacienda al de Guerra. Se alquiló la lancha "La Emita", de bandera brasileña; se compró el buque inglés "Barbosa" que fue rebautizado como "Bogotá" para remolcar el "Yamary", una nave hospital obtenida y readecuada en Manaos, además del buque "Bridgetown", construido en Inglaterra y adquirido en Estados Unidos, al cual se nombró "Boyacá".

Como asesor de primera importancia el gobierno contrató al General Francisco Javier Díaz, director de la segunda Misión Chilena ante el Ejército de Colombia en 1909, y como instructor a Paul Gautier, antiguo miembro de la Misión Suiza de 1926, quien residía en Colombia. Igualmente renovó el contrato con los alemanes Hans Schueler y Hans Berwig para la Escuela Militar de Cadetes¹⁵.

Al Ejército se le dotó de un mejor equipo bélico. Se construyeron las Bases Naval de Cartagena, Fluviales del Magdalena y Putumayo, y se inició la construcción de los Aeródromos de Palanquero, Tres Esquinas y Buenaventura (Quiñónez, XXXX, p. 286 y Muñoz, 1967, p. 167). Este último puerto fue fortalecido en su defensa con dos nuevos cañones de largo alcance adquiridos por Vásquez Cobo en Francia. Se adelantó a marchas forzadas la construcción de la carretera Neiva-Garzón-Florencia y se terminaron los tramos pendientes de la vía Popayán – Pasto, uniéndola a Puerto Asís en el Putumayo.

El 2 de diciembre de 1932, Vásquez Cobo partió del puerto francés de Le Havre al mando del "Mosquera" y entregó a su hijo, Camilo Vásquez Carrizosa, el mando del "Córdova", ambos con tripulación francesa contratada por el gobierno colombiano. Su destino era Belem do Pará, en la desembocadura del río Amazonas, en donde esperaba al "Boyacá", que viajaba con 700 hombres al mando del general Efraín Rojas. La presión del Ejército exigió la presencia de uno de sus generales en lugar de Julián Uribe, pero fue un criterio técnico recomendado por Eduardo Santos lo que debió pesar en la decisión de Olaya: los conocimientos militares de Vásquez Cobo y de Uribe Gaviria eran desuetos. Los del primero, circunscritos a las guerras civiles en el siglo XIX y los del segundo, a la Academia Chilena de principios del siglo XX¹⁶. Fue el General Francisco Javier

¹⁵ **Ramiro Zambrano.** Siluetas para una historia. Bogotá: Imprenta del Estado Mayor del Ejército, s.f.

¹⁶ Santos expresó a Olaya: "Es admirable el corazón que Vásquez le pone a estas cosas, pero me parece un poco peligroso su optimismo sistemático, incontrolado y permanente. Tiene la resolución irrevocable de que todo sale bien, de que los tropiezos no valen la pena y de que los fracasos no existen. Espero le hayas mandado a Pará oficiales competentes y reflexivos, que sepan mirar de frente las dificultades y traten de

Díaz quien sugirió inclinarse por Rojas, uno de sus mejores apoyos durante su permanencia en la Escuela Militar de Cadetes, a quien la propia Misión solicitó ascender a Mayor y nombrarlo comandante del Batallón 1º. de Infantería en Bogotá para reproducir su modelo en la tropa¹⁷. El 21 de diciembre de 1932 las embarcaciones de Vásquez Cobo se encontraban en Belem do Pará y poco después, el día 28, arribaron el “Boyacá” y el “Pichincha”. Aunque el Barranquilla debió detenerse en Curazao por razones técnicas, más tarde se unió la cita crucial.

Los celos de los militares no estuvieron ausentes en la guerra. El General Rojas reclamó en Belem do Pará el mando de las operaciones colocando a Vásquez Cobo en un segundo plano. La tropa procedente de Colombia, según este último, recibió al viejo general con displicencia. Olaya le había otorgado la Cruz de Boyacá pero no fue suficiente. Sin embargo, no era sólo asunto de orgullo o prepotencia. Vásquez Cobo quería atacar de inmediato a Leticia sin tener en cuenta las orientaciones que Rojas le comunicaba. Olaya insistió en el asalto a Tarapacá con dos comunicados del 20 y 28 de enero de 1933 y nombró a Vásquez Cobo Ministro de Guerra en comisión para superar las dificultades y colocarlo, con toda autoridad, por encima de los militares en ejercicio¹⁸. Vásquez Cobo aceptó entonces el plan de Olaya y así lo expresó en mensaje del 5 de febrero, aceptando su marcha por el Putumayo.

En vísperas de la navidad, en 1932, ya el país sabía que Colombia se aproximaba al rescate de Leticia y que al mando de las tropas se encontraba el General Vásquez Cobo. La noticia conmovió al país en sus centros urbanos. Las argollas matrimoniales que miles de parejas colombianas donaron, surcaban ahora el Amazonas convertidas en una fuerza naval encargada de lograr el desquite por La Pedrera. Esta vez, el Partido Comunista guardó prudente silencio, aunque algunos de sus militantes fueron detenidos cuando hacían agitación contra la guerra. En materia publicitaria, Olaya era el triunfador indiscutible. Sánchez Cerro, por el contrario, soportaba la valiente oposición del APRA y un desgano total de las elites limeñas por unirse a una guerra que no les importaba. El cansancio frente al dictador cundía hasta en los oficiales de su ejército.

resolverlas con algo distinto de un alzar los hombros” Santos a Olaya, noviembre 22 de 1932. **AGN**, Caja 59, Carpeta 36, folio 73.

¹⁷ Museo de la Escuela Militar de Cadetes. Libro Lista de Revista 1907.

¹⁸ Archivo General de la Nación, Fondo Presidencia de la República. Olaya Herrera, Telegramas 1932.

Perú invocó la neutralidad brasileña para impedir el traslado de la fuerza naval por el Amazonas, pero Brasil respondió que Colombia, como Perú, tendría libertad de navegación por tratarse de un río común. No obstante, la queja modificó los planes. La idea de Vásquez Cobo era instalarse en Tabatinga y disparar desde allí a Leticia para obligar la rendición o el retiro de sus ocupantes. Sin embargo, Olaya tuvo temor de dirigir un ataque desde suelo carioca y suspendió el operativo.

De nuevo, Olaya optó por la vía diplomática provocando la oposición conservadora que pedía la guerra sin dilaciones. Brasil continuó su mediación, propuso fórmulas de arreglo y solicitó al gobierno colombiano parquear sus embarcaciones en Manaos mientras se discutía con Perú. Chile, quien había permanecido neutral, ordenando incluso la ausencia de su embajador en cualquier reunión con Francisco Javier Díaz, intentó mediar con Perú para impedir la guerra¹⁹. Varios países firmaron un pacto antibélico simplemente retórico. El Secretario de Estado de Estados Unidos, Henri L. Stimson, quien fuera después directamente responsable ante el Presidente Truman por el "Proyecto Manhattan", llamó también sin éxito a una negociación que fracasó por la negativa de Perú a devolver Leticia. Finalmente, a petición de Eduardo Santos, Olaya renunció al carácter doméstico que siempre había defendido sobre el conflicto y recurrió a la Sociedad de Naciones. Santos presentó en Ginebra un sustentado memorial que resumía la historia de los sucesos y exponía los fundamentos de derecho que correspondían a Colombia. Poco después, el Consejo de la Sociedad de Naciones sí se manifestó en forma contundente. El 26 de enero de 1933 pidió al gobierno peruano abstenerse de intervenir en territorio ajeno y no ofrecer obstáculo alguno al intento colombiano de ejercer soberanía en una zona reconocida como colombiana en tratados internacionales (Vega, 1933).

Olaya decidió, entonces, reiniciar la marcha de todas las embarcaciones nacionales, incluida el "Barranquilla". Sin embargo, junto al ministro de guerra, ordenó desviar las embarcaciones por el Putumayo y asaltar la pequeña posición que los peruanos habían establecido en Tarapacá, un cerro en la orilla sur del Putumayo, ubicado en la parte superior y oriental del trapecio amazónico. En ese punto el río era histórica y legalmente colombiano, se obedecería sin lugar a equívocos la decisión de la Liga de las Naciones y no se crearían disgustos con Brasil. La decisión fue tomada con la participación del chileno Francisco Javier Díaz en su calidad de asesor especial, del General Manuel Balcázar como

¹⁹ANAC. FMRE. Volumen 3168. Legación de Chile a Ministerio de Relaciones Exteriores, Informe sobre manifestaciones en honor del General Díaz, noviembre 3 de 1932.

Inspector General del Ejército, del General Manuel Arturo Dousdebés como Jefe del Estado Mayor General y del Coronel Amadeo Rodríguez como ex-jefe del destacamento de frontera, contando para ello con el concepto favorable del General Alejandro Uribe, Jefe del Estado Mayor, quien fue, según el Ministro Uribe Gaviria, el primer oficial en alertar sobre el peligro de atacar a Leticia sin adueñarse primero del Putumayo (Uribe, 1935, p. 210). Un concepto estratégico rendido por el General Efraín Rojas Acevedo como Comandante en jefe del Destacamento Amazonas, coincidió con este último punto de vista y alentó la toma de Tarapacá.

Este grupo de militares colombianos, con la importante participación de Díaz, sugirió al presidente Olaya y su Ministro Uribe una estrategia ofensiva con tres fases y dos principios:

1. Sorprender a los peruanos en sus bases de apoyo sobre el Putumayo, con una aproximación doble hacia el teatro de guerra. Por el Este, penetrar por el río Amazonas y alcanzar el Putumayo. Por el Oeste, utilizar las rutas y trochas abiertas desde el Huila, Caquetá y Nariño hasta el mismo Putumayo en Puerto Asís y Puerto Ospina. Más cercana a Tres Esquinas y La Pedrera, la posición de Tarapacá sería más vulnerable a la acción aérea. Allí, o en las márgenes del Putumayo, en el punto de Güepí, podrían darse los primeros ataques²⁰.
2. Lograr victorias apabullantes que desmoralizaran a la resistencia enemiga y trasladar el esfuerzo estratégico hacia el Napo y Amazonas peruanos, dominando Pantoja y Puerto Arturo para quebrar el apoyo militar que desde Loreto pudiera ofrecerse a los ocupantes de Leticia.
3. Finalmente, caer sobre una sitiada Leticia.

Los dos principios eran evitar la guerra en plena selva absteniéndose de ocupar territorio peruano innecesario en torno a Iquitos, y prevenirse frente a las defensas que los peruanos habían instalado en Leticia marchando sobre ella cuando las

²⁰El concepto del General Rojas recomendaba como primer acto de guerra la “recuperación de Tarapacá con ayuda de la aviación”.

condiciones fueran óptimas y ampliamente favorables²¹. Una derrota en esta plaza definiría el dominio peruano sobre ella.

Dos acciones complementarias abarcaban la seguridad de los puertos colombianos sobre el Pacífico y el Atlántico, y la acción diplomática para forzar un rápido acuerdo ahorrando munición y sangre. En términos concretos, el Ministro Uribe Gaviria sostuvo el siguiente plan de operaciones:

- “1. Dominio absoluto de todo el Putumayo.
2. Tomado Puerto Arturo, seguir sin dilación hacia Santa Elena, sobre el Napo, con el fin de cortar la comunicación entre Iquitos y Pantoja.
3. La inevitable caída de Pantoja y, como consecuencia inmediata, el dominio del Napo medio y superior.
4. En posesión del Putumayo y del Napo, situar bases aéreas para el bombardeo ininterrumpido a Iquitos, cuya destrucción total si traería una consecuencia definitiva en el conflicto.
5. Aseguradas nuestras comunicaciones con las bases de abastecimiento, las fuerzas colombianas amenazarían a la capital del indómito departamento de Loreto y Leticia caería en manos colombianas” (Uribe, 1935, pp. 213-214).

4. GUERRA Y NEGOCIACIÓN

La operación se inició el 14 de febrero de 1933. A través de un oficial, Vásquez Cobo invitó a los peruanos que ocupaban el cerro a una entrega pacífica, pero la respuesta fue ofrecida por tres aviones enemigos que intentaron bombardear el buque sin puntería. Los aviones colombianos, que esperaban en un improvisado aeródromo cercano a los hechos, entraron en acción tripulados por un solo nacional entre varios expertos aviadores alemanes al mando del Mayor Herbert Boy y sorprendieron a los peruanos que huyeron en estampida. Con toda libertad,

²¹ Según El Tiempo, los peruanos trabajaban “en gran escala para defender a Leticia”. “Además de minar las aguas del Amazonas”, “han establecido un completo y moderno sistema de trincheras sobre el río Putumayo provisto de ametralladoras y cañones 75 colocados con intervalos estratégicos”. Se informó, además, que el ministro de guerra peruano había visitado las instalaciones de defensa y que se disponía de 10 aviones Douglas y 2 cazas en Iquitos”. Febrero 14 de 1933. Al frente de Leticia, Perú disponía de Ramón Castilla, un pueblo dotado con fortificaciones que podría plantear fuego cruzado con grave peligro para los buques colombianos.

los aviones colombianos arrojaron luego algunas bombas pesadas y otras livianas sobre las fortificaciones peruanas en Tarapacá.

Las primeras noticias generaron manifestaciones en las principales ciudades del país. “El Tiempo” anunció que “los peruanos se han atrincherado fuertemente y nuestras tropas van a librar un sangriento combate. A pecho descubierto los colombianos atacarán las fortalezas peruanas” (El Tiempo, febrero 15 de 1933). Al amanecer del día 15, las tropas desembarcaron y avanzaron sobre el fortín peruano.

Vásquez Cobo cometió un error que después sería utilizado políticamente en su contra y que desdibujaría su papel en el conflicto. Ocupó a Tarapacá y telegrafió a Bogotá adjudicándose una acción heroica e intrépida en medio de una enorme resistencia enemiga:

Tarapacá estaba convertido en un Gibraltar. Trincheras con corredores subterráneos y todo lo que enseña el arte militar, pero ante el empuje de nuestros barcos, nuestra escuadrilla aérea y el arrojado de las tropas que desembarcaron, huyeron... La toma de Tarapacá fue un verdadero duelo de artillería, en que la superioridad de la nuestra, ayudada por nuestra magnífica aviación, dominó las posiciones peruanas (El Tiempo, febrero 16 de 1933).

En realidad, no hubo tal duelo. En la práctica, ni siquiera hubo combate. Cuando las tropas colombianas desembarcaron, los peruanos huyeron del lugar abandonando sus escasos pertrechos. Las armas emplazadas para la defensa, según los testimonios, eran dos cañones antiguos. La guarnición se encontraba en pésimas condiciones; cartas y notas abandonadas por los soldados daban fe de la desesperación en que se hallaban por el clima y la falta de víveres. Desmoralizados, sin defensa aérea, ante la amenaza de los bombarderos colombianos, el comandante de la plaza ordenó la retirada. Por supuesto, en las filas colombianas no hubo una sola baja. La única escaramuza tuvo lugar en el sitio denominado Buenos Aires, cuando un piquete de soldados colombianos topó con similares peruanos que abandonaban el área utilizando las trochas a Leticia.

La noticia transmitida en Loreto por su prefecto, Oswaldo Hoyos, fue aún más ilusoria y falsa: la escuadra colombiana, compuesta por “aventureros procedentes de distintas naciones de Europa, maltrecha y sin moral”, “se vio obligada a refugiarse” en la neutralidad de las aguas brasileñas (Valencia, 1994, p. 182).

Toda una victoria sobre el papel que poco a poco descubrió la opinión peruana: el dominio de las aguas en el Putumayo volvía a las manos de Colombia.

Sorprendido por un ataque que nunca sospechó de Colombia, el mandatario peruano Sánchez Cerro prometió que, en adelante, los colombianos sabrían “lo que significa atacar al Perú”. Sin embargo, la respuesta fue cobarde. Una turba asaltó y destruyó la legación colombiana en Lima sin que policía y ejército de ese país opusieran resistencia. Colombia rompió relaciones con Perú.

No obstante, en el Amazonas la guerra no se agudizó. Oficiales, suboficiales y soldados pedían la guerra pero la orden no llegaba. La “ofensiva general”, prevista y anunciada, se aplazó en varias oportunidades. Desde la isla de Chavaco, una posición colombiana en el río Putumayo frente a la guarnición peruana de Güepí, una compañía de fusileros abatió el 18 de febrero al primer avión enemigo cuando intentaba decolar en la ribera opuesta.

Las ansias de combate llevaban al paroxismo. La estadía en plena selva no podía prolongarse y el vértigo de las inundaciones con sus batallones de mosquitos se insinuaba en los pronosticados cambios climáticos. No pocos se sintieron abrumados por la impaciencia y llegaron a pensar en la posibilidad de atacar sin la autorización del ministerio. Tenían la convicción de que cada segundo obraba en contra del triunfo: las tropas peruanas se fortalecían, recibían refuerzos y pertrechos, en tanto que las colombianas languidecían con el paludismo, el tifo y la inacción.

Por fin el asalto a Güepí, la posición fortificada peruana sobre el río Putumayo, fue ordenado el 26 de marzo de 1933 por el Ministro de Guerra, previa consulta con los Generales Díaz, Balcázar, Dousdebés y Uribe. Se inició la tarde anterior con un pelotón de exploración compuesto por 36 hombres que tenían como misión ubicar las posiciones de fuego instaladas por el enemigo y localizar para las cañoneras el lugar de desembarco. Dichas cañoneras, “Cartagena” y “Santa Marta”, se movieron sigilosamente con el alba y posaron en tierra las primeras compañías anfibas que envolvieron en silencio los flancos opuestos de la guarnición enemiga. En ese momento los aviones de guerra surcaron el aire y dieron con su fuego la orden general de ataque. La defensa peruana retrocedió sorprendida y tres planchones, apoyados por los grupos en tierra y por las cañoneras, marcharon de frente y atacaron en conjunto con el respaldo aéreo. Las ametralladoras peruanas se silenciaban ante la arremetida colombiana. El propio

comandante de la base embestida abandonó a sus hombres y huyó por la selva; uno de sus segundos, el teniente Teodoro Garrido Lecca, por el contrario, permaneció en la defensa hasta su captura. La operación fue planeada y permaneció al mando del Coronel Roberto D. Rico, comandante de las fuerzas en el Alto Putumayo, y del Teniente Coronel José Solano, jefe de la flotilla fluvial. Como resultado se produjo la toma de la posición enemiga, 27 muertos, 14 heridos y 24 prisioneros. Las filas colombianas tuvieron 16 bajas y 13 heridos. La persecución en la selva tuvo que suspenderse al día siguiente ante la fatiga de las tropas y la carencia de raciones de marcha apropiadas.

Los peruanos, en realidad, presintieron el ataque desde el día anterior. La presencia de las cañoneras, sus movimientos inusitados, el no regreso de exploradores que se enviaron a investigar por tierra y la certeza de que en algún momento Colombia abriría fuego, fueron aspectos determinantes. No pudieron hacer mucho. Al término de la batalla se pudo constatar que la situación militar de los peruanos era precaria. Los soldados prisioneros relataron que fueron obligados a prestar servicio y que los condujeron amarrados hasta la guarnición. Allí se les hizo “trabajar sin descanso, mal alimentados y peor tratados”, en la construcción de las fortificaciones. Las deserciones se hicieron comunes y los víveres, como las municiones y demás pertrechos militares, nunca llegaban completos (Lozano y Lozano, 1933, p. 35). El General Amadeo Rodríguez lo había señalado poco antes del asalto a Leticia:

La situación de las guarniciones peruanas, su número, condiciones de alojamiento, salud y materiales bélicos... eran asilos de miseria, sobre todo las de Güepí (Rodríguez, 1937, p.36).

La reacción de Perú por el golpe recibido en Güepí fue tardía y poco contundente. Un crucero y dos submarinos iniciaron su viaje desde el Canal de Panamá y avivaron los temores por el recrudecimiento de la guerra con un ataque sobre Cartagena o Barranquilla. Aunque Francisco Javier Díaz y Vásquez Cobo temían un seguro ataque contra Buenaventura o Tumaco, el ministro Uribe Gaviria lo descartaba en forma sustentada (Uribe, 1935, pp. 88-91). El vapor “Marañón”, enviado con armas, municiones y gasolina para aviones desde El Callao, fue detenido en Trinidad después de un lento recorrido, porque no presentaba en su manifiesto la relación de las armas.

En el Amazonas los intentos de respuesta fueron más concretos. Perú bombardeó en diversas ocasiones a Tarapacá y Güepí, en donde los soldados colombianos

aprendieron a protegerse entre la selva sin presentar bajas. Las trochas hacia Güepí se convirtieron en puntos de enfrentamiento constante. En Puerto Calderón, sobre la ribera norte del Putumayo, el 16 de abril de 1933 el Batallón de Infantería Juanambú fue sorprendido por un intenso tiroteo. Al mando del entonces mayor Diógenes Gil, la unidad fue atacada cuando se encontraba formada y sin armas, sometida, según algunos autores, a una “revisión de uñas limpias” por parte de sus oficiales (Arango, 1933, p. 132 y Uribe. 1935, 1935, T. II, p. 132)²². El contingente daba la espalda al río bajo el supuesto de que ningún ataque podría llegar por un paraje inundado, cenagoso y lleno de obstáculos, según lo constató el entonces mayor Eurípides Márquez. Sin embargo, tres ametralladoras y cuarenta fusileros peruanos llegaron por entre la manigua y se emplazaron para abrir fuego un domingo de pascua. La munición de los colombianos estaba guardada bajo llave pero el cuarto fue despedazado a machete para iniciar la resistencia. Al final, un solo muerto y algunos heridos. Un error de apreciación en la distancia y una graduación equivocada en el alza de tiro por parte de los peruanos, hizo que sus primeros disparos pasaran sobre las cabezas de los desprevenidos soldados colombianos. De lo contrario, la masacre habría sido total y la pérdida de la base un hecho (Díaz, 1977).

El 7 de mayo, una fuerza peruana desde la posición de Saravia intentó emboscar al “Barranquilla”, que fue atacado un día después por aviones peruanos²³. El apoyo de la aviación colombiana logró derribar una máquina peruana y produjo el retiro de las restantes. La infantería encontró desierta la posición que los peruanos ocupaban en el río Algodón.

Las fórmulas diplomáticas volvieron a estar sobre la mesa y los banqueros de ambos países empezaron a pedir la intervención de las potencias para evitar el escalonamiento del conflicto. Al parecer, Perú no lo quería tampoco: sus barcos pasaron frente a las costas colombianas y continuaron su lenta marcha hacia el Amazonas. Brasil empezó a colocar obstáculos a la permanencia o paso de embarcaciones militares con destino al teatro de la guerra.

Entre tanto, el Ejército colombiano continuó su marcha al sur del Putumayo. Como atrás se dijo, el río Algodón, por donde los peruanos aprovisionaban la base de

²² El Ministro de Guerra reconoció, implícitamente, que la revista guardaba relación con el aseo: “su falta significa un enemigo mortal en la selva”. (Arango, 1933, p. 132)

²³ Por este hecho, el comandante de la embarcación, Mayor Gabriel Collazos, fue reprendido por el Departamento de Personal del Ministerio: en lugar de proseguir su marcha y resistir al ataque, optó por devolverse y eludir el combate sin rebasar la posición enemiga. **AGMDC**, hoja de servicio del General Rojas.

Puerto Arturo, fue tomado por los soldados del General Efraín Rojas con el firme apoyo de la aviación. Bajo el mando del General Rojas, una comisión exploratoria por el río Cotuhé entabló combate con el ejército peruano en el sector de Buenos Aires. Uno de los guías colombianos, José María Hernández, fue puesto preso y fusilado después. Los encuentros y las escaramuzas florecieron en torno a la ocupada posición de Güepí cuando el gobierno central y el estado mayor discutían el siguiente paso: marchar sobre Pantoja, abriendo el paso a Iquitos, o tomar Puerto Arturo para recuperar Leticia. Desde el 20 de febrero de 1933, el Ministerio de Guerra había fijado el propósito de las acciones militares:

Antes que la ocupación a Leticia, es para nosotros de mayor urgencia abrir la navegación del Putumayo, por razones de todo orden. Para ello lo más conducente al objeto es que el destacamento del Putumayo persista en la anterior resolución de avanzar por Güepí a Pantoja, con intenciones de seguir a Iquitos, previos los esfuerzos del caso.

Esta operación puede ser admirablemente secundada por un avance de la expedición del Amazonas, por Yaguas y Arica contra la espalda de Puerto Arturo, sin perjuicio de incursiones de los cañoneros y de aviación por los ríos Algodón y Ere cuya navegación llega hasta muy cerca del Napo. Esta opinión se apoya también en la manifestada por el Comandante de la expedición del Amazonas que dice: ‘tenemos como nuestras ambas orillas del Putumayo hasta Puerto Arturo, pues en este trayecto no hay un solo soldado peruano.

La operación sobre Leticia es larga, pues una vez abandonada la vía fluvial faltarán elementos de acarreo para subsistencia de cuatro días de marcha terrestre. Además, el ataque a Leticia por el Amazonas no tiene expectativa de éxito sino en la noche, por sorpresa y con sacrificio de barcos, a causa de que la frontera brasileña quedó a tiro de fusil y que ambas orillas del Amazonas están artilladas. El refuerzo pedido por el Caquetá exige un tiempo más largo aún: lo menos un mes, sin tomar en cuenta las posibles trabas que pueda poner después el gobierno de Brasil²⁴.

Luego de la toma de Güepí, el chileno Francisco Javier Díaz se convirtió en el más enconado defensor de la marcha sobre Pantoja sin pérdida de tiempo, en tanto que el Ministro Uribe Gaviria y un importante núcleo de oficiales creyó llegado el

²⁴Memorando secreto de operaciones del Ejército colombiano firmado por el Ministro Carlos Uribe Gaviria, los Generales Manuel A. Balcázar y M. A. Doudebés y Francisco Javier Díaz. Hay una quinta firma ilegible. **AGN**, Fondo Conflicto con el Perú. Caja 65, Carpeta 26, folio 21.

momento de dominar todo el Putumayo y desterrar de sus orillas cualquier oposición peruana como requisito para recuperar a Leticia. El avance sobre Iquitos parecía difícil, dada la resistencia que en el camino a Iquitos se auguraba y el estado de la tropa colombiana que acusaba ya el rigor de la selva, en tanto que una mayor dilación podría beneficiar el envío de más refuerzos al Putumayo. La discusión fue saldada por una decisión de la Sociedad de Naciones que ordenó un cese al fuego en momentos en que, de todas maneras, el avance militar colombiano parecía contar con puntos favorables: una compañía peruana compuesta por 93 hombres al mando del Capitán Manuel Balderrago, se rindió sin disparar un solo tiro ante un pequeño grupo de exploración con una decena de soldados que actuaba en los alrededores de la trocha Güepí-Pantoja bajo las órdenes del Capitán Pompilio Duarte y del Subteniente Guillermo Aldana. Intimidados por el piquete colombiano, los peruanos entregaron 58 fusiles, 3 ametralladoras con 100 proveedores y suficiente munición para ellas²⁵.

Sánchez Cerro, por su parte, se dedicó a preparar un ejército de 25.000 hombres que esperaba mandar al Amazonas. Sin embargo, un hecho cambió el curso de la historia. Un joven aprista, Abelardo Mendoza, lo asesinó cuando venía de arengar a los soldados. Lima respiró con cierta calma y otro militar, Oscar Benavides, asumió la presidencia.

La noticia no parecía consoladora. Benavides era el oficial que en La Pedrera había derrotado a la débil defensa colombiana. Pero, desterrado por Leguía, en Londres se había hecho amigo, nada más y nada menos, que de Alfonso López Pumarejo. Este le escribió de inmediato y viajó a Lima para entrevistarse con él. Aunque la posición de Benavides poco avanzaba con respecto a Leticia, se mostró dispuesto a efectuar “concesiones territoriales en otras partes, posiblemente al norte y sobre el Napo” (Correo del Cauca, mayo 18 de 1933 y Villegas, 1993).

La Sociedad de Naciones continuó su participación en aras de la paz. Aunque su intento por evitar el avance del crucero “Almirante Grau” y dos submarinos peruanos con destino al Amazonas fracasó, una nueva fórmula de arreglo se abrió paso el 25 de mayo: Perú desocuparía a Leticia, entregándola a una Comisión de la Sociedad de Naciones que la administraría en nombre de Colombia hasta por

²⁵ **Archivo General del Ministerio de Defensa de Colombia**, Registro 37501, folio 73. Sectores de opinión compartían el criterio del comandante de las tropas colombianas con respecto al paso decisivo sobre Leticia: “Probablemente nos hubiera costado la pérdida de dos o tres barcos y algo así como cien hombres entre muertos y heridos. Pero tenga la absoluta seguridad de que lo hubiéramos tomado” (El Tiempo, agosto 5 de 1933).

un año; Colombia devolvería a Perú las posiciones ocupadas militarmente y se abrirían negociaciones directas para resolver los “problemas pendientes”.

Luego de dudas y consultas, Benavides aceptó evacuar el puerto de Leticia y entregar su administración a la Sociedad de Naciones. Un armisticio interrumpía la guerra y se abría el paso a la diplomacia. El final se concretó en Río de Janeiro. La comisión negociadora colombiana, compuesta por Roberto Urdaneta, Guillermo Valencia y Luis Cano, suscribió el acuerdo a través del cual se recuperó a Leticia el 19 de junio de 1934.

6. CONTRIBUCIÓN DEL CONFLICTO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS EN COLOMBIA

Antes del conflicto con el Perú, el Ejército se hallaba enclaustrado en una interioridad extrema y confundido en la práctica con la Policía para garantizar la tranquilidad y el orden públicos. Gracias a la guerra con Perú, las Fuerzas Armadas experimentaron que políticamente eran productivas, pues los esfuerzos realizados en el plano militar impulsaron, por la vía disuasiva, los arreglos diplomáticos. Para el ejército, en particular, el conflicto colombo-peruano se constituyó en una formidable y concreta experiencia de defensa de la soberanía nacional por la que nunca había pasado ni volvería a pasar.

A lo largo de 1933, Colombia continuó agitando el espíritu militar como prevención ante un eventual fracaso de las negociaciones en Río. Adoptando el esquema chileno que convertía a los mejores suboficiales en oficiales de carrera, el gobierno abrió el ingreso de sargentos a la Escuela Militar y se aceleraron los cursos de cadetes. Un grupo de 55 médicos recibió instrucciones de sanidad para atención en la línea de guerra y se graduaron en forma casi inmediata decenas de subtenientes y mecánicos aviadores (El Tiempo, febrero 4, 11 y 14, marzo 1 y 30 de 1933). La prensa liberal advirtió que el cese del conflicto y la desmovilización del Ejército no podía implicar la reducción del pie de fuerza ni el abandono de los elementos adquiridos. Para el General Rojas, comandante del Alto Putumayo, no era el momento para descuidar la preparación del Ejército (El Tiempo, julio 14 y agosto 5 de 1933).

Al término del conflicto con Perú, la aviación nacional poseía 42 pilotos, 35 mecánicos, 60 modernos aviones, además de las importantes bases de Palanquero en Puerto Salgar, Cundinamarca, y la de Tres Esquinas en Caquetá²⁶. Con razón, el 23 de junio de 1933 el ministro de guerra anunció que Colombia tendría “la mejor aviación de Suramérica”. Era una reforma “audaz, de un solo golpe”, con un completo programa de “transformación técnica y aprovisionamiento de materiales de guerra” (El Tiempo, junio 23 de 1933). La promesa se cumplió a tal punto que, en 1934, luego de la guerra, el propio Presidente Olaya presentó eufórico balance:

"Hoy la Flota Aérea de Colombia consta de cerca de 200 aviones, grandes trimotores y bimotores que dan plena seguridad, aviones de bombardeo y caza, aeródromos y comunicaciones inalámbricas (El Tiempo, agosto de 1934 y Ramsey, 1981)²⁷.

La marina obtuvo también su despegue. Los oficiales del Ejército en la contienda del sur pasaron al arma naval y se contrataron los oficiales británicos, Contralmirante Basil Bell Salster y el Capitán de Navío Ralph Binney, primer Director de la Escuela Naval reactivada en 1934 en Cartagena y reconocida legalmente el 29 de abril de 1936, con la Ley 105.

En septiembre de 1934, el gobierno organizó una compañía de sanidad militar y destacó un barco hospital para Leticia; se incorporaron 160 oficiales a la aviación y se compraron tres nuevos barcos destinados a la navegación en el sur: “Carabobo”, “Junín” y “Ruperto Melo”.

Según el análisis del Ministro de Guerra en 1933, al estallar el conflicto, el Ejército carecía de cuadros de oficiales y suboficiales debidamente preparados y en cantidad suficiente para abastecer las unidades movilizadas. Le faltaban también depósitos de movilización dotados de elementos para todas las armas, vestuario, equipo, menaje y munición calculados sobre la base del posible pié de fuerza en caso de guerra; depósitos de ganado para las armas montadas y una red ferroviaria, de carretas y caminos de herradura, preparada en concordia con las

²⁶ Sobre la organización de la aviación militar colombiana, sus actividades en el Frente de Guerra, las bases aéreas creadas y la constitución de una Fuerzas Aérea, obsérvese el Memorando confidencial de Meter P. von Brauer, Director General de la Scadta, al Presidente de la República, mayo 15 de 1933. **AGN, Scadta, Informes sobre aviación militar 1931-1933. Minguerra**, Caja 43, Carpeta 40, folios 96 y ss.

²⁷ Según Russell Ramsey, en la Base Aérea de Palanquero existían, en 1934, 79 aviones militares de varias clases.

exigencias de la defensa nacional. Grave fue igualmente la ausencia de bases para una marina de guerra y de estadísticas bien determinadas para la movilización rápida de reservistas (Memoria del Ministro de Guerra al Congreso de la República, 1933, pp. 6-7).

La historia de un Ejército sin experiencia concreta en la defensa de la soberanía nacional, era parte de la historia de un Estado que a través del tiempo no había tenido nunca una política orgánica de fronteras. Por esa razón fue tan importante, tanto para el gobierno, como para las Fuerzas Armadas, esta experiencia internacional del conflicto colombo-peruano. Sólo que, en las decisiones concretas, las aspiraciones políticas de los civiles y de los partidos no supieron ni pudieron ocultarse. En Colombia, pudo demostrarse, todo pasaba por la política partidista.

Referencias Bibliográficas

ÁLVAREZ, Víctor. (Brigadier General) y GIRALDO, Hernán (Mayor) (1997). *Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova. Noventa años de historia*. Bogotá, Litografía Arco.

ARANCIBIA CLAVEL, Roberto (2002). *La influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1950*. Santiago de Chile, Centro de Estudios e Investigaciones Militares CESIM.

ARANGO, Arturo (1933). *180 días en el frente*. Manizales, Tipografía Cervantes.

ARANGO, Carlos (1933). *Lo que yo sé de la guerra*. Bogotá, Cromos.

ATEHORTÚA, Adolfo (1994). *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo, Universidad Javeriana. Cali.

BERMUDEZ, Gonzalo (1982). *El Poder Militar en Colombia. De la Colonia al Frente Nacional*. Bogotá, Editorial América Latina.

DÍAZ, Antolín (1948). *Los Verdugos del Caudillo y de su pueblo*. Bogotá, ABC.

----- (1933). *Lo que nadie sabe de la guerra*. Bogotá, Editorial Manrique.

DÍAZ, Francisco J. (1934). *El Ejército que Colombia necesita*. Bogotá, Imprenta de Juan Casis.

DÍAZ, Juan J. (1977). *La sorpresa de Calderón*. Bogotá: Canal Ramírez.

DONADÍO, Alberto. (2002) *La guerra con el Perú*. Medellín, Hombre Nuevo Editores. Segunda Edición.

ESCUELA MILITAR DE CADETES GENERAL JOSÉ MARÍA CÓRDOVA (1997). *Noventa años de historia*. Bogotá, Ejército Nacional.

FLUHARTY, Vernon (1981). *La Danza de los Millones. Régimen Militar y Revolución Social en Colombia (1930-1956)*. Bogotá, El Ancora.

GÓMEZ V., Pedro (1984). *Los infiernos del jerarca Brown y otros textos*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek.

----- (1983). *La otra raya del tigre*. Bogotá, Oveja Negra.

LEAL, Francisco (1984). *Estado y política en Colombia*. Bogotá, Siglo XXI Editores, CEREC.

LOPEZ P., Alfonso (1980). *Obras Selectas*. Bogotá, Colección Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes.

LOZANO Y LOZANO, Juan (1933). *El combate de Güepí*. Bogotá, Imprenta Municipal.

MAINGOT, Anthony (1967). *Colombia: civil-military relations in a Political culture of conflict*, Dissertation Ph.D., University of Florida.

MÁRQUEZ, Eurípides. (junio-julio, 1927). El ejército colombiano y la obra realizada en él por las misiones militares chilenas. *Revista del Ejército*. Bogotá, No. 180-181.

MUELLE, Luis. Justicia. Situación técnica y moral en que se hallaba el Ejército el día de la transmisión de mando, 7 de agosto de 1930. Documento confidencial remitido al Presidente Olaya Herrera. AGN.

MUÑOZ, Eduardo (mayo-junio de 1967). "El Ejército de Colombia". En, *Revista de las Fuerzas Armadas*. No. 44, Bogotá.

QUIÑONEZ, Rafael. "Las Fuerzas Armadas". En, *Las realizaciones del liberalismo (1930-1946)*. Bogotá

RAMSEY Russell (1981). *Guerrilleros y soldados*. Bogotá: Tercer Mundo.

RODRÍGUEZ, Amadeo (1967). *Bosquejo histórico policial de Colombia*. Bogotá, Escuela de Policía General Santander.

----- (1937). *Caminos de guerra y conspiración*. Bogotá, Editorial Centro.

RUEDA VARGAS, Tomás (1944). *El Ejército Nacional*. Bogotá, Librería Colombiana, Camacho Roldán y Cia. Ltda., Ed. Antena.

URIBE G., Alejandro. *Labor que es necesario realizar en el Ejército*. Documento confidencial e inédito dirigido a Enrique Olaya Herrera. Archivo General de la Nación. Fondo Academia Colombiana de Historia. Caja 04, Carpeta 17, Rollo 3.

URIBE, Carlos (1935). *La verdad sobre la guerra*. Bogotá, Editorial Cromos.

----- (1994). Desarrollo de las operaciones. *Conflicto Amazónico*. Bogotá, Mindefensa – Villegas Editores.

URIBE URIBE, Julián (1994). *Memorias*. Bogotá, Banco de la República,.

URIBE URIBE Rafael (1979). Discursos Parlamentarios. "Obras Selectas". Bogotá, Cámara de Representantes, Imprenta Nacional, Vol. II.

----- (1908). *Por la América del Sur*. Bogotá, Imprenta Eléctrica.

VALENCIA T. Álvaro. (comp) (1996). *Historia de las Fuerzas Armadas en Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta. 8 Volúmenes

----- . Historia Militar Contemporánea. Nueva Historia de Colombia NHC.

----- . (enero-abril, 1989). De las guerras constitucionales en Colombia. *Análisis Político*. Bogotá, IEPRI Universidad Nacional de Colombia, No. 6.

de la VEGA, José (1933). *El conflicto colombo-peruano*. Bogotá, Librería Nueva

VILLEGAS, Silvio (1933). *De Ginebra a Río de Janeiro*. Bogotá: Editorial Santafé.